

## De Paso Viejo a Francisco Sarabia en Misantla, Veracruz. Memoria e historia de una comunidad rural mexicana, siglos XIX y XX\*

---

Del esfuerzo conjunto de Laura Giraud y Cecilia Sánchez Martínez ha cristalizado un estudio que contribuye al conocimiento del papel de las escuelas rurales federales en el contexto del complejo proceso agrario en la entidad veracruzana, en particular en la región central. Abordado el tema en dos grandes apartados, como anuncia el título, la estructura del libro responde a un concepto de rescate de la memoria y de la narración del pasado a través de la voz de los propios actores mediante la historia oral, con el apoyo documental y gráfico. En el primer apartado se brinda, mediante el discurso histórico, la reconstrucción del origen y la trayectoria de una comunidad campesina. Es una visión historiográfica que da voz a los actores porque en ellos se anida la memoria, la vida cotidiana que se quiere recuperar. En la tarea tal vez sólo se rescaten algunos fragmentos —ante las fuentes siempre esquivas y la memoria generalmente infiel—; con todo, para las

autoras éstas constituyen una fuente privilegiada para introducirse en la historia. El segundo apartado presenta el respaldo documental y fotográfico de la investigación en forma de anexos, fuentes de primera mano que, sin duda, serán de gran utilidad a todo aquél que desee desarrollar y profundizar algunos de los temas tratados en este libro.

Con este volumen las autoras contribuyen en la ardua labor de incrementar el acervo de microhistorias veracruzanas, en este caso la de Paso Viejo, congregación misanteca situada en el pie de monte de la sierra de Chiconquiaco, que mira hacia Teziutlán pero también, en otra dirección, al mar y que adoptara el nombre de Francisco Sarabia hacia la primera mitad del siglo pasado. Región central abundante en recursos bióticos y humanos, el trabajo deja en claro que dicho pueblo no ha incorporado a su historia el rico patrimonio natural que posee y que las riquezas naturales abundantes no se han distribuido de manera homogénea entre sus pobladores a través del tiempo. El periodo que reconstruyen Giraud y Sánchez Martínez incluye episodios trascendentes de la historia regional

\* Giraud Laura y Cecilia Sánchez Martínez, *De Paso Viejo a Francisco Sarabia en Misantla, Veracruz. Memoria e historia de una comunidad rural mexicana, siglos XIX y XX*, col. Memoria Histórica, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2009, 212 pp.

y estatal, en especial de la segunda mitad del siglo XIX y primera mitad del XX, pero sobre todo rescatan la historia de uno de los miles de agrupamientos campesinos dispersos de la geografía veracruzana. Acunado en la cuenca del río Nautla, en las estribaciones más tenues de la sierra cercana a la ciudad de Martínez de la Torre, en dirección sur, Francisco Sarabia apenas logró superar en su mejor época y con muchas dificultades el medio millar de habitantes, no obstante ser, a finales del siglo XIX, “la más poblada de las congregaciones” dependiente de uno de los tres vértices de la dinámica económica regional: Martínez de la Torre. Así, las autoras hacen un recuento del surgimiento paralelo de la comunidad y de la región.

Paso Viejo es una de las comunidades totonacas que hacia el periodo independiente cultivaban el tabaco y la vainilla como principales medios de ingresos. Paulatinamente, el dominio del ciclo económico recayó en manos ajenas a la comunidad y ésta quedó envuelta en el proceso de diversificación regional. Entre haciendas y ranchos, Paso Viejo pervive como territorio totonaca hasta que en la década de 1870 oleadas de migrantes nacionales y extranjeros se asientan en el área, así, a los pobladores totonacas de antaño se sumaron fuereños procedentes de la ciudades de México, Puebla, Jalapa y Teziutlán que bus-

caban fortalecer los vínculos con la ruta mercantil que enlazaba Papantla, Tlapacoyan y Misantla. Las pretensiones de los gobiernos liberales de arribar a la modernidad arreciaron el embate contra la propiedad comunal: en 1874 las autoridades locales aceptaron para las zonas de mayor resistencia al cambio un reparto intermedio entre la extensa propiedad indivisa, aún prevaleciente, y la propiedad comunal, es decir, la fragmentación de la tierra en grandes lotes asignados a los usufructuarios, que desde entonces serían reconocidos por la ley como *condueños*. La medida mitigó los efectos del proceso de desintegración de la propiedad comunal, pero a la postre, en 1889 el gobernador Juan de la Luz Enríquez promulgó la Ley sobre la Subdivisión de la Propiedad Territorial para impulsar de nuevo el reparto de la tierra. Empero, los campesinos misantecos respondieron con firmeza, protagonizando varias sublevaciones que tienen lugar en 1847, 1853, 1865 y 1885 y que las autoras consignan en el libro contribuyendo a enriquecer la historia rural de Veracruz.

Con rigurosidad histórica, el libro logra un balance entre la memoria de la comunidad recuperada a través de entrevistas y el dato obtenido por medio de fuentes documentales; el ejemplo a destacar es el origen del poblado que algunos ancianos sitúan hacia 1865, mientras que en un informe de la Junta Protectora de la

Vainilla, elaborado en 1860, se menciona a Paso Viejo como una congregación dentro de ese amplio espacio rural y se señala como única y general ocupación de sus habitantes la de labrador. El cuadro del contexto económico de Paso Viejo es complementado con la información proveniente de las estadísticas oficiales que, en el rubro de ingresos, ubican al erario público con una significativa cantidad de dinero producto del impuesto al ganado. En la faceta política, se pueden conocer los avatares del movimiento revolucionario de 1910, cuyo efecto quedaría posteriormente expresado en la constitución de ejidos durante la reforma agraria. Ese proceso violentó la paz a tal grado que, a mediados del siglo XX, el poblado cambió de nombre de Paso Viejo a Francisco Sarabia para dejar atrás las heridas que les dejó el ser parte del radio de acción de la famosa *Mano Negra*, movimiento antiagrarista que contuvo los alcances de la Liga de Comunidades Agrarias en beneficio de los lugareños. Por cierto, Francisco Sarabia es un singular personaje cuya trayectoria puede conocerse gracias a uno de los anexos que acompañan el volumen.

Con una modesta participación en el periodo revolucionario, Paso Viejo es considerado de manera formal con la categoría política de congregación en el censo de 1921 y ya en 1929 cuenta con una escuela rural federal mixta. La avalancha posrevolucionaria

les da alientos a sus pobladores y éstos se organizan nombrando al comité local para hacer la solicitud de dotación de tierras, quedando abierto el expediente al sumar 405 habitantes de acuerdo con el censo levantado como parte del proceso de solicitud agraria. Por fin, el 24 de junio de 1930 la solicitud les fue aprobada y fueron dotados de parcelas individuales de cinco hectáreas que sumadas hacían un total de 565, además de ser beneficiados con 332 hectáreas más destinadas para el aprovechamiento comunal. Los afectados eran antiguos hacendados de la zona cuyas grandes propiedades se extendían desde la costa del Golfo de México hasta la sierra. El caso de Paso Viejo, y el de muchos similares a él, obliga a hacerse las preguntas obvias: ¿cómo es que situado en un espacio poco disputado, con señalados recursos naturales, emplazado estratégicamente en la ruta Teziutlán-Martínez-Nautla, Paso Viejo se quedó atado a la cíclica mirada de lo cotidiano?, ¿sólo movía a sus pobladores la tierra y la religión?, ¿la política colonizadora impulsada por los gobiernos liberales les impidió continuar a aquéllos en la placidez de sus vidas? Las respuestas contrarrevolucionarias truncaron su desarrollo: al parecer sus habitantes sólo requerían de la paz para continuar el ciclo. No lo sabemos en realidad, sin embargo, en el libro se perfilan algunas respuestas, se consigna el dato, se revisa la

secuencia de los hechos, aunque a veces queda pendiente la explicación más amplia; con todo, indudablemente se avanza en la interpretación histórica a través de fuentes orales y se ponen las bases para seguir investigando sobre el tema.

En los inicios de una nueva etapa nacional se reforzaron las comunicaciones con el desarrollo de la red carretera, entonces el asfalto cruzó a Paso Viejo, que ostentaba desde 1940 el significativo nombre de Francisco Sarabia en honor del pionero de la aviación comercial mexicana. Los cambios en Sarabia, los tiempos marcados por etapas de paz y conflicto, el mestizaje humano y cultural impactaron el sello étnico pero, a diferencia de la región de Papantla, si bien hubo un cambio en la apariencia, no lo hubo en el oficio, pues los campesinos de Sarabia mantuvieron su apego a la tierra y continúan hoy en día formando parte de uno de los pueblos rurales dispersos en el dilatado territorio de Veracruz.

Un gran acierto y contribución de este volumen representa la serie de fotografías que acompañan al texto y que las autoras presentan como fuente gráfica en la segunda parte del libro. Estas imágenes pertenecen al Archivo de la Escuela Soledad Orozco de Ávila Camacho y al expediente de Donato Hernández, primer profesor de origen indígena, destacado por su talento y vocación plena para formar a las nuevas generaciones y

participar de manera muy activa en la vida de la comunidad, de acuerdo con los reportes de los supervisores de la Secretaría de Educación Pública. El profesor Hernández, misanteco, fue uno de los pocos que cumplieron con las expectativas del programa de reinserción en las comunidades de origen para llevar a sus pobladores de la mano hacia la luz del saber, principal objetivo de los proyectos educativos de aquel momento. Al pasar el tiempo, las autoras consideran en cierta forma cumplido ese objetivo dado que a la fecha tanto la escuela primaria rural federal como la casa del campesino son parte medular de la identidad de la comunidad.

Por último, es pertinente señalar el manejo idóneo que las autoras hacen de la historia oral, pues las voces de la comunidad son precisamente las que han llenado, en gran medida, los vacíos que dejaron los documentos y las fotografías.

El libro ofrece muchas lecturas, aristas sugerentes del pasado veracruzano que van de la historia de un pueblo rural a las calamidades provocadas por los grupúsculos contrarrevolucionarios como la *Mano Negra*, pasando por la existencia de hombres con espíritu quijotesco que mataban reses para repartirlas entre los más necesitados y de una escuela en movimiento que incorpora ampliamente a las niñas en el proceso de formación de los nuevos mexicanos. La obra nos

ayuda a comprender cómo, en Paso Viejo, las dificultades y resistencias al cambio permanecen aunque se cimbran en momentos coyunturales como fue la Revolución, lo que no impide a sus pobladores cosechar ciertos frutos con la llegada de las comunicaciones y de las inversiones

federales en el sector educativo en Veracruz.

*Filiberta Gómez Cruz*  
Instituto de Investigaciones  
Histórico-Sociales,  
Universidad Veracruzana